

PEDAGOGÍA SOCIAL Y NUEVAS FORMAS FAMILIARES

JOSÉ VICENTE PEÑA CALVO*

Aunque se viene repitiendo que no es posible mantener la concepción evolutiva lineal de la familia, que los modelos de socialización están cambiando, el hecho una y otra vez contrastado es que seguimos —más o menos convencidos—, aferrados a los viejos modelos conocidos. Suponemos que hay un modelo normalizado y a él referimos con frecuencia la orientación de nuestra intervención educativa.

Profesionales del campo de la Pedagogía Social, educadores, maestros y profesores que trabajan en escuelas, colegios e institutos, e incluso nuestros propios alumnos cuando se enfrentan en sus prácticas con ámbitos de marginación social, nos señalan que les resultan insuficientes y muchas veces inaplicables los conocimientos que tienen sobre la familia.

Ciertamente la vida familiar, la familia en sí misma, ha cambiado. Los perfiles antaño nítidos entre «normal» y «desviado» han ido perdiendo poco a poco sus contornos, y cada vez se hace más necesario realizar nuevas investigaciones que nos informen acerca de los procesos de socialización, a la vez que buscamos nuevos elementos teóricos con que interpretarlos.

Lo que sigue a continuación es un esquemático y apresurado análisis de lo que puede estar suponiendo alguno de esos cambios con el fin de proponer líneas posibles de investigación.

* JOSÉ VICENTE PEÑA CALVO es Profesor de Sociología de la Educación y Director del Departamento de Ciencias de la Educación de la Universidad de Oviedo.

1. Transformaciones en la estructura familiar

Sin duda un primer hecho fundamental es la tendencia que se observa a la progresiva reducción del tamaño de las familias. Salcedo afirma que se ha dado una «consolidación del modelo familiar tripersonal, y eclosión general del hijo único en los ambientes urbanos» (1992: 126). Tal hecho tiene unos efectos indudables en la estabilidad de la estructura familiar y en la formación psicosocial de la misma.

Como causa explicativa del mismo se suele aducir la incorporación de la mujer al trabajo fuera del hogar, que hace que la crianza de los hijos se vea envuelta en tales dificultades, que muchas veces no se la lleguen a plantear, o, que después de la crianza de un primer hijo, se desista de volver a intentarlo. Siendo cierto que este hecho tiene influencia, no es en sí mismo suficiente para explicar una caída tan fuerte de la tasa de fertilidad (Salcedo, 1992). Tampoco parece ser suficiente la hipótesis manejada por aquellos demógrafos, más o menos próximos a las tesis de Easterlin, de la existencia de ciclos demográficos cortos y largos en función de los procesos de crecimiento o contracción económicos.

Si la incorporación de la mujer al trabajo fuera de causa explicativa fundamental, la reducción de la tasa afectaría especialmente a aquellas mujeres que se han incorporado al trabajo fuera del hogar. Pero tal evento no ocurre. La reducción afecta en general a todas las mujeres, no a un grupo específico. Es más, dada la tasa de incorporación al trabajo que se obtiene en España, y la que se da en otros países, nuestra tasa de fertilidad no debería haber sufrido una caída tan brutal, ni a un ritmo tan acentuado.

La incorporación de la mujer al trabajo, parece que ha tenido un efecto más directo en la modificación de las pautas de crianza. La mujer conserva su trabajo después del matrimonio en función de la incidencia de dos variables: Nivel de estudios y tipo de trabajo. Cuanto mayor es el nivel de estudios y el trabajo presenta una valoración más elevada en términos de «status», mayor tendencia a conservarlo. En caso de tener un hijo estas dos variables siguen siendo fuertemente determinantes aunque también inciden las condiciones del hábitat y la relación con la familia extensa. El hábitat más rural actúa como un factor que decanta o presiona hacia el abandono, al menos temporal del trabajo, y ello en función tanto de hábitos culturales, como de los recursos de ayuda que

se le ofrecen a la madre. Una buena relación con la familia extensa, especialmente abuelos, es otro factor que facilita o por el contrario dificulta la permanencia en el puesto de trabajo.

Este último hecho, el que los abuelos asuman la crianza de los nietos, es un fenómeno sociológico de enorme interés para nosotros, que si bien ha sido ya estudiado, en la última década ha cobrado unas dimensiones y características que lo presentan con perfiles enteramente nuevos que se hace preciso analizar.

Más arriba indicábamos que tampoco podía ser explicado por las tesis easterlianas y ello porque el fenómeno se hace más agudo cuanto mayor es el nivel de ingresos y más jóvenes son los matrimonios. Además se han venido produciendo períodos de expansión económica en los que la tendencia ni se ha invertido, ni se ha estabilizado, ni se ha ralentizado, sino que ha seguido su curso sin interrupción.

La disminución del tamaño de las unidades familiares está ligada, sin duda, a la posibilidad del control de la natalidad, pero el que ésta se lleve a efecto está unido al cambio de la percepción que de sí mismos tienen los actores y de su papel en el orden social establecido. La nueva posición que ocupa la mujer ha supuesto que determinadas tendencias que pervivían en la sociedad se hayan agudizado. El fenómeno del individualismo, unido al de la competencia obsesiva, se ha generalizado. Como señala Galbraith, se ha producido un desarrollo de la «cultura de la satisfacción», tanto en la vertiente individual, como en la orientación social colectiva (Orizo, 1991).

Si el hecho señalado es de enorme importancia desde el punto de vista estructural, no lo es menos desde el punto de vista del contenido, de la familia como formación psicosocial, pero antes de ocuparnos de ellos, debemos señalar otros cambios estructurales importantes.

Aumento espectacular de las estructuras familiares atípicas. El incremento de la tasa de divorcio (Alberdi, 1986), que junto a los efectos que tiene sobre la estructura familiar, da pie a la aparición de nuevas formas familiares: Familias reconstituidas (Barbabli, 1990), y familias monoparentales (Lefaucheur, 1991; Le Gall y Martin, 1987; Roussel, 1992). Un caso especial de familias monoparentales, que no es el producto de una ruptura anterior, es la familia constituida alrededor de una mujer que decide ser madre una vez ha alcanzado un nivel de desarrollo profesional adecuado. Mujeres que alcanzan la maternidad en torno a la edad de cuarenta años, sin que haya ningún varón que asuma

la paternidad (Salcedo, 1992). Nuevas formas familiares, que siendo todavía excepcionales, producen sin duda modificaciones sobre los modos de socialización, etc...

Todos estos cambios han puesto en cuestión la concepción parsoniana (1956, 1970) de la familia como una estructura especializada en la formación de personalidades sociales, a la vez que ayuda a la estabilización emocional de los adultos. Cada vez son menos los adultos que sienten la necesidad de alcanzar su estabilización por medio de una estructura familiar clásica. De un máximo en 1973 de 271.000 matrimonios hemos pasado a poco más de 200.000 (Lamo de Espinosa, 1995). A esos mismos adultos se les presentan hoy una diversidad de caminos o itinerarios en su proceso de estabilización, cuyos efectos en los procesos de socialización pueden ser importantes.

2. Del modelo fusional al modelo individualista

Pero junto con estos cambios estructurales de diversificación familiar se han producido cambios no menos importantes en el seno de las familias mismas, en su contenido. Nuevas formas de distribución de la actividad doméstica, difuminación de los roles, estilos de socialización múltiples, etc., marcan grandes diferencias entre estructuras familiares formalmente iguales pero funcionalmente muy diversas. Algunas de estas cuestiones han sido ya planteadas (Esteve et al., 1995). Por ello, me voy a ocupar tan sólo de comentar lo que ha podido pasar con el modelo más difundido como imagen social de la familia, al menos como reivindicación de modelo «normal» o «ideal»², en la última mitad del siglo, y apuntar lo que son sus rasgos de evolución.

Después de la segunda guerra mundial como proyección de las formas de vida «americana» en todo el mundo, pero también como una forma aceptada plenamente en Europa, se difunde una forma de organización de las relaciones familiares que podemos denominar de «comunidad» o «fusional» (Flaquér y Solér, 1990). Este modelo se fundamenta en la idea de una vinculación afectiva total entre los miembros de la pareja que supone, en teoría, la anulación de ambos

² «Ideal» no se emplea en sentido weberiano, sino como paradigma que se propone alcanzar. Ideal como idea platónica.

polos para funcionar como una sola persona³. Se podría ridiculizar el modelo, presentarlo como una forma de vida importada, como algo neurotizante, etc., pero a pesar de todas las críticas, de todas las chanzas, la realidad es que el modelo funcionaba como representación ideal de las relaciones. Tal concepción presentaba como paradigma la familia de cuatro miembros, en el que los hijos deberían ser de distinto sexo, como representación ideal. Para la sociedad «americana» esta unidad funcionaba tomando como referencia la vida política, de modo que era en la familia donde el niño se socializaba en los valores de vida pública. Su socialización política —entendida como configuración de la identidad nacional, cultura del país, normas básicas de pensar y sentir—, corría paralela a su socialización religiosa y adquiría sus perfiles básicos en los seis primeros años de vida (Peña, 1991). Esto no ocurre en Europa y menos en España. Aquí el modelo se decanta en su funcionamiento por una fuerte asimetría de las relaciones. Esta simetría de relaciones se hará cada vez menos compatible con el nuevo papel que la mujer juega en las relaciones sociales lo que llevará a una agudización de las tensiones en una estructura ya de por sí precaria en su constitución (Berger y Kellner, 1979). El modelo «fusional» se quebrará en muchas ocasiones aumentando la tasa de divorcio, en otras dará pie a una cadena de uniones y, más frecuentemente, la unión se mantendrá apelando a los hijos. Pero más que estos efectos reales importa señalar cómo el modelo poco a poco va evolucionando, y abandona su carácter fusional para transformarse en un modelo individualista (Roussel, 1980; Kellerhals, 1982).

Además en su evolución en Europa consagrará a la familia como ámbito privilegiado de la privacidad, como aquello que está separado de los controles inmediatos de las instituciones públicas, lo que conduce a la pérdida de una de sus funciones socializadoras, la introyección de valores nacionales, una pérdida de sentido comunitario, de la idea de proyecto común. Es decir, una fuerte reivindicación de los valores individuales hasta el punto de hacerlos incompatibles con valores colectivos, lo que ha podido producir el que afloren nuevos fenómenos de mitomanía colectiva (p.e. el fútbol) no exentos de rasgos sociales reprobables (p.e. xenofobia, racismo) entre los jóvenes.

³ Se construye sobre una teoría del amor que bien podría ilustrarse con la obra de R. Sender: *Tres historias de Amor y una Teoría*.

La reducción drástica del tamaño familiar, la pérdida de conexiones con la familia extensa y la exaltación de valores individuales pueden llegar a resultar dramáticos, pues como señalan Berger y Kellner (1979), el matrimonio es la historia en que dos personajes perfectamente desconocidos se proponen un proyecto de vida en común sin más bagaje que su ilusión y su propia idiosincrasia, cuyo éxito o fracaso está sujeto a un continuo bombardeo desde el exterior y desde el propio interior. Aunque aparentemente puede parecer que han sido socializados en patrones de conducta muy semejantes, las diferencias pueden ser tales que resulten difíciles de salvar.

Este modelo, que sin duda se sigue defendiendo como la imagen del matrimonio, en realidad está evolucionando hacia una especie de individualidad compartida. Cada uno de los conyuges firma un pacto de contraprestación. Se trata de unión basada en el principio de máxima gratificación. El vínculo dura en tanto que es «gratificante», por tanto no hay más interés que el interés propio y centrado en uno mismo («narcisismo», Esteve et al., 1995). Es un modelo en el que los proyectos vitales de sus miembros aparecen como secuencias independientes que ocasionalmente coinciden. La profesión, la vida social, la propia imagen, es lo importante. Si todo ello es compatible con el matrimonio bien, en caso contrario, se deshace el vínculo. Este modelo, ciertamente, no presenta el mismo grado de difusión en todos los estratos sociales, pero sí aparece muchas veces como el modelo que debe ser reivindicado. Cuanto mayor es el nivel social, con mayor frecuencia lo encontramos. Es el modelo que «delega», «empaqueta», «busca especialistas» (Esteve, et al., 1995), como forma propia de afrontar la crianza, pero también como el resultado de presiones externas. No queremos decir que sólo las que evolucionan hacia el individualismo presentan tales comportamientos, sino que estos lo hacen con mayor frecuencia y de un modo más intensivo.

3. La privatización de la familia. Algunos efectos

Los rasgos señalados —reducción del tamaño, pérdida de conexiones, valores individuales—, se refuerzan por la presión del consumo, la normativización de la vida cotidiana, la influencia de los medios de comunicación, etc. Todo ello produce ese repliegue hacia la

privatizada —señalado por Esteve, Puig y Romañá—, que da paso a la familia «intensa» pero también a la familia «acosada».

La familia actual vive sometida a dinámicas opuestas y contradictorias. Desde el inicio de la revolución industrial, las sociedades tradicionales se ven sometidas en su transformación en sociedades modernas a procesos de racionalización constante de las relaciones sociales. Como señala Durkheim (1967) el paso de la solidaridad mecánica a la orgánica es el paso a la complejización, diversificación y especialización de las estructuras sociales. Este proceso de especialización y racionalización afecta de forma especial a la familia. Ésta entra en una dinámica de cambio acelerado que amenaza con fragmentarla de tal modo que resulte imposible recomponerla. La familia vive inmersa en la contradicción de ser una institución basada en los lazos de sangre, en reglas de solidaridad puramente afectivas⁴ y, en esa medida, meramente irracionales —reglas que obedecen a leyes no escritas que se transmiten en la masa de la sangre—, frente a una sociedad que se proclama guiada por principios de racionalidad. Racionalidad cada vez más compleja y diversificada en su funcionamiento que produce «monstruos de la razón», conflictos absurdos e irracionales, pero eso poco importa, el hecho es que la familia se ve envuelta y rodeada de un muro de hostilidad (Horkheimer, 1970).

Esta contradicción esencial se diversifica en formas varias, una de ellas, señalada por Parsons, es el funcionamiento del principio de atribución. Mientras que la familia se rige por compensación, dar más al que más lo necesita, la sociedad lo hace por competencia y logro. Tal contradicción tiene efectos importantes en el proceso de socialización. La familia se ve atenazada al tener que responder a ambos requerimientos, y su respuesta es con frecuencia contradictoria y vacilante. Si se decanta a favor de su lógica tradicional acaba fracasando por sobre-protector. Si realiza lo contrario, fracasa por falta de afectividad, de calor, a la vez que desencadena procesos de neurotización competitiva. El resultado, muy frecuentemente, son personalidades débiles y mal estructuradas.

La dinámica racionalización de las relaciones, represión del sentimiento y la espontaneidad, genera un mayor repliegue hacia la privacidad, y con ello la atmósfera en el interior de las familias se

⁴ Supuesto que ha desaparecido el fundamento patrimonial que la constituye en la Edad Media.

carga más y se hace más irrespirable, poniéndolas al borde de estallidos incontrolados (Adorno y Horkheimer, 1966).

Junto con las contradicciones apuntadas otro hecho debe reseñarse, el mayor nivel de exigencia de cada día de la sociedad reclama a la familia. Ser padre o madre hoy es mucho más difícil y complicado que hace pocos años. El buen padre trabajaba cada día, volvía a casa puntal al terminar la jornada, permanecía sobrio, entregaba el dinero y sólo levantaba la voz en el momento oportuno. Hoy los requerimientos son más complejos y de mayor intensidad. Las necesidades se han multiplicado y los recursos y medios son cada vez más escasos. Si nos encontramos a un niño o un joven con problemas, miramos con ceño fruncido a los padres. Cada día las críticas son más, pero las ayudas pocas, ineficaces, si no inexistentes. Como señala Lamo de Espinosa, organismos públicos y privados se ocupan de todo tipo de instituciones. Nadie de la familia (1995).

Otro efecto del repliegue y pérdida de dimensión de la familia es sin duda la *vulnerabilidad* que presenta ante los medios de comunicación. Al reducirse la extensión, las figuras que sirven de modelo quedan fuertemente acorraladas. Han cortados los puentes de relación. Carecen de una tradición, de unos rituales, de una cultura común, en la que apoyarse. Ya no hay una familia con raíces sólidas que nos sirva de referencia, y ese vacío lo llenan los medios de comunicación. El espejo donde mirarse es la televisión. De ella se toman proyectos de acción, modelos de comportamiento, formas culturales, criterios de juicio, etc.

Frente a la inseguridad del padre y de la madre respecto a su papel y las decisiones concretas que adoptan, los medios de comunicación representan lo seguro, lo verdadero, lo importante, lo decisivo. A poco que reparemos en anuncios, telefilms, noticias, etc., encontraremos abundantes referencias semánticas a conceptos que dicen seguridad: racionalidad, fiabilidad, inteligencia, decisión, cientificidad, etc. Criterios estéticos, autoconceptos personales e imágenes de todo tipo se pueden ejemplificar. Los medios de comunicación se ofrecen cada día como modelo de padre y madre, más seguros, competentes y menos problemáticos.

Esta dependencia y vulnerabilidad ante los medios conduce al proceso de privatización hacia una especie de atomización e individualización familiar. Un aislamiento que se refuerza por la propia estructura de la ciudad. Dos buenas ejemplificaciones, que no podemos

analizar aquí, son la vivienda y el ocio. La vivienda como «caja de zapatos» o «nicho» y el ocio como gregarismo de individualidades.

Todos los efectos señalados tienen su incidencia en el contexto socializador familiar. La figura del padre y de la madre aparecen como papeles desequilibrados e inestables, pero a la vez son figuras insustituibles. En la familia extensa la sustitución de una figura por otra era posible. El papel que el padre no encarnaba podía ser sustituido por un tío, por el abuelo, o por otro miembro de la familia. Hoy esa posibilidad no existe. ¿Qué ocurre cuando uno de los miembros tiene una personalidad inestable, mal constituida o es simplemente incompetente? ¿Qué tipo de ayuda comunitaria podemos brindarle?

¿Cómo se está produciendo el aprendizaje diferenciado de los roles masculino y femenino tradicionalmente vinculado al rol de padre y madre? ¿Si tal aprendizaje no se produce, en qué modo queda afecta la personalidad? ¿Podemos concluir que necesariamente estamos abocados al fracaso en los procesos de socialización familiar? ¿Qué pasa con el binomio autoridad-afecto vinculado a las figuras padre-madre?

4. Nuevas formas emergentes como campo de investigación de la Pedagogía Social

Las consideraciones que he venido realizando, las preguntas que he planteado, y otros elementos que podrían tomarse en cuenta, pueden dar una imagen muy negativa y pesimista del futuro de la familia. No ha sido esa mi intención, si lo he planteado es tan sólo para señalar algunas cuestiones que parece urgente investigar. Una ciudad como París tiene según el último censo, en torno al 50% de hogares unipersonales. Podemos seguir pensando que las cosas van a funcionar, pero corremos el riesgo de añorar a la familia cuando esta haya desaparecido.

Si queremos contribuir de una forma eficaz al sostenimiento y perdurabilidad de la familia debemos proveernos de herramientas adecuadas que puedan servir de apoyo al diseño y planteamiento de políticas específicas. Ello nos obliga a investigar en esas nuevas formas emergentes de organización social. Averiguar cómo son los procesos de socialización, qué normas sustitutivas se pueden proponer, qué efectos tienen las duplicidad de figuras o las nuevas figuras emergentes, son a mi juicio tareas urgentes. La respuesta no puede seguir siendo una normalización imposible y una idealización de relaciones inexistentes.

Ante una situación de «acoso» es preciso poder romper el cerco. La Pedagogía Social debe ayudar a encontrar el modo.

Referencias Bibliográficas

- Alberdi, I. (1986)** Divorcio y sociedad en la España actual, en *Sistema*, 70, pp. 93-112.
- Barbagli, M. (1990)** *Provando e riprovando: Matrimonio, famiglia e divorzio in Italia e in altri paesi occidentali*. Bologna: Il Mulino.
- Berger, P.L. y Kellner, H. (1979)** Marriage and Construction of Reality, en *Facing up to Modernity*. Harmondsworth: Penguin.
- Durkheim, E. (1967)** *De la división del trabajo social*. Buenos Aires: Schapire.
- Esteve, J.M., Puig, J. y Romañá, T. (1995)** *La educación en los grupos primarios*. Ponencia presentada XIV. Seminario Interuniversitario. Valencia.
- Flaquér, Ll. y Solér, J. (1990)** *Permanencia y cambio en la familia Española*. Madrid: C.I.S.
- Horkheimer, M. y Adorno, T.W. (1966)** *Lezioni di sociologia*. Turín: Einaudi.
- Horkheimer, M. (1970)** La familia y el autoritarismo, en *La Familia*. 177-194. Barcelona: Península.
- Kellerhals et al., (1982)** *Marriages au quotidien: Inégalités sociales, tensions culturelles et organisation familiale*. Laussana: Pierre-Marcel Favre.
- Lamo de Espinosa, E. (1995)** Familias, hogares y personas. *El País*, 16 de marzo, p. 23. Madrid.
- Lefaucheur, N. (1991)** Les familles dites monoparentales, en *La famille: l'état des savoirs*. París: La Découverte.
- Le Gall, D. y Martin, C. (1987)** *Les familles monoparentales*. París: ESF.
- Orizo, F. (1991)** *Los nuevos valores de los españoles*. Madrid: Fundación Santa María.
- Parsons, T. y Bales, R.F. (1956)** *Family, Socialization and Interaction Process*. Londres: Routledge y Kegan Paul.
- Parsons, T. (1970)** La estructura social de la familia, en *Familia*, pp. 31-65. Barcelona: Península.
- Roussel, L. (1980)** Mariages et divorces. Contribution à une analyse systématique des modèles matrimoniaux, en *Population*, 35, pp. 1025-1040.
- Roussel, L. (1992)** La familia en Europa Occidental: divergencias y convergencias, en *Infancia y Sociedad*, 16, pp. 103-120.
- Salcedo, J. (1992)** Valores y nuevas formas familiares en España, en *Infancia y Sociedad*, 16, pp. 122-127.